



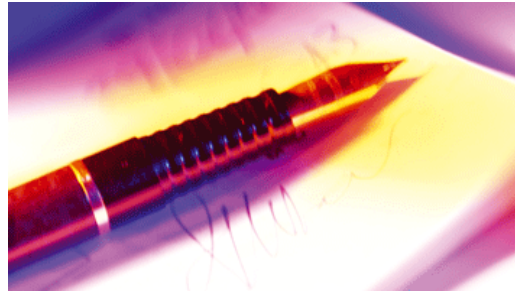
AÑO 2 NO. 3

CARNE DE VIENTO



Mayo del 2012

EDITORIAL



Estaba rompiendo el alba de un día primaveral. Cerca de las 5 de la mañana, las zonas circundantes al centro de la Ciudad de México parecían cursar las famosas horas pico. Sin embargo, era domingo, y nadie se dirigía a su trabajo o a su escuela, sino a conformar los cerca de 20 mil nudistas (muchos de ellos primerizos), que se congregaban en el mítico ombligo de la luna.

Fue un 6 de mayo de hace cinco años cuando Spencer Tunick convocó a voluntarios que quisieran posar desnudos en una de sus famosas fotografías.

Los mexicanos nos olvidamos de falsos pudores. Una Fuenteovejuna nudista en el punto más importante de encuentro popular de la ciudad.

Luna Regina, en este renacimiento editorial, dedica el número del mes de mayo al evento en sí, pero sobretodo al asistente más importante de ese día: El cuerpo humano.

Carne de viento, como la canción escrita por el cantautor español Patxi Andión, lleva por nombre este tributo al cuerpo humano, es decir a la desnudez.

Figura por antonomasia de la libertad.

José Luis Barrera Mora



Luciano Pérez

Baby Shower

Me dijo por teléfono que quería que le viera su panza. ¡Cómo si eso me diera una gran alegría! Ninguna me da, claro está, pero quizá lo hace porque me ve como un padre. Odio esa panza, y no se lo puedo decir, no quiero lastimarla. Y entonces aprovechó para invitarme a su *Baby Shower*. La presentación de su bebé, todavía no nacido, imaculado e intacto dentro de esa panza de mamá bonita y emputecida. Sí, ¡eso es lo que es! Una mamá bonita, mil veces bonita; y también emputecida, ¡un millón de veces más!

Le dije que haría lo posible por ir, si para entonces ya mi trabajo de traducción de himnos piadosos del alemán al español estuviera concluido. El próximo sábado. Me suplicó, me rogó: “¡No faltes! Quiero que me veas con mi panza”. No era yo el causante de una panza así, desde luego. ¿A qué voy? ¡No quiero verla! No debo ir. No iré, así que la traducción continuará.

Los *Baby Shower* son ceremonias del horror. No me gustan. Las mujeres están como locas, haciendo la imitación de que toman mamilas y berrean como recién nacidos, sonando sonajas y ajustando pañales. Pero es porque las que serán madres se convierten también en arpías y edifican ilusiones y espejismos con sus orines y su excremento. ¡Ay de quienes las embarazan! No saben lo que hacen, han ofendido el mundo con la maldición del engendrar. Los bebés son la más grande miseria, sobre todo para ellos mismos. Más valdría que no se les hubiera concebido.

Y lo que se debe hacer en un *Baby Shower* es mostrar cómo el bebé está condenado para siempre. Es como estar de fiesta porque mataron a alguien. O lo matarán. El bebé es un elegido para morir y pudrirse por culpa de sus padres. Y la madre enseña la panza en señal clara de que se ha emputecido; y de que por más bonita que sea, no tiene perdón puesto que sin necesidad ha traído más carne de dolores al mundo.

Esa panza es el abismo del terror negro. Ahí llegan los demonios con enormes cuernos y larga cola en punta de flecha, para solazarse con el alma del bebé, devorándola con fruición, dejando el cuerpo para más tarde, para cuando crezca y se desarrolle. Hay que dejar a la carne crecer, para que se corrompa mejor. Pero por lo pronto, el bebé ya no tendrá alma al nacer, porque todo en la panza de la mamá es colmillos y garras. Ahí los diablos mutilan las almas con mordidas insolentes y sangrientas y que ocasionan que el bebé nazca loco, sin ángel que lo guíe. Como un ser humano. Así tiene que ser. Así nacemos.

Claro, algunos recuperamos después el alma. Es cuando nos percatamos de que la vida es inútil, y entonces los diablos nos devuelven lo que se comieron. Nos dicen: "Como te has dado cuenta de que no eres feliz, te devolvemos tu alma, para que sufras más". El alma. Pero mientras, los bebés carecen de alma, son desalmados: si tuvieran tijeras a la mano, le cortarían a la madre los intestinos y las vías urinarias. Y si tuvieran palas y zapapicos, cavarían trincheras en el útero para que se hundieran ahí cuantos entrasen. Trincheras que destrozarían los falos enemigos en una orgía de muerte.

¡Eso debe ser un *Baby Shower!* Una exhibición del horror. De cómo los bebés deben ser maldecidos por toda la eternidad, junto con sus madres y sus padres, si es que hay éstos. Entonces no fui. Mañana me hablará y llorando me dirá que cómo soy malo, que ella sólo quería que le viera la panza, porque soy como un padre que la consiente. Y yo dentro de mí le preguntaría: "¿Y para qué hubiera ido? ¿Para qué?" Y una voz misteriosa muy al fondo de mí me contestaría: "Para que te llenes de espanto y escribas los cuentos de las criptas que tanto te gustan". Y por esa razón, aunque no fui, de todos modos tendría que escribir algo y aquí está esto; lo titulé "*Baby Shower*", y el guardián de la cripta se está burlando de mí porque: "No quiso terminar viendo la panza de mujeres que jamás le darían un hijo, porque él sabía que de la vista nace... el horror. ¡Ja, ja, ja, ja!"

**NO TE PIERDAS
NUESTRO PRÓXIMO NÚMERO**



AÑO 2 NO. 3

EL SARGENTO
El viaje de agua

JUNIO DEL 2012





Alfredo Alejandro Parra

HOTEL LIVERPOOL

Concentración de mujeres espectro.
La lujuria es un custodio fascista.
Ellas me miran con sus ojos sin voz,
me susurran con sus labios ciegos.

Una cínica sonrisa falsea el amor.

Mujeres recipientes desechables,
unos cuantos pesos pueden comprar
unos cuantos minutos de sexo
-Con sentimiento, no, no está permitido.

Las hembras morenas de mi tierra,
han sido y siguen y seguirán siendo
un colchón para desfogar frustraciones
de cualquier hijo de obrero.

Caminan despacio, entre todas ellas,
unas piernas amoratadas, unos pechos
a punto de derrumbarse,
una juventud avejentada,
una madurez de minifalda patética.
El pecado usa perfume barato.
El chicle, el cigarro, el labial encendido,
sólo son mudos alcahuetes.

Concentración de mujeres espectro.
Las caras, los ojos, refulgen ansiosos
ante el neón rojo que anuncia
el arribo a este paraíso de Lilith.

El sol, la luna, eternos lenones,
guardianes incondicionales,
de las puertas de este recinto,
templo pagano y sagrado,
llamado Hotel Liverpool.





Leticia Vázquez

LA CASA DE LOS HELECHOS

De cuando vivía con mi abuela, recuerdo todo, sus galletas, el café, las tortillas de harina, la salchicha “Chimex” con limón, el cuarto del sillón guinda con esas sirenas en la pared que me daban miedo, sus regaños, sus ojos grisáceos, sus locuras...sus supersticiones...

Recuerdo cuando un día de verano, a medio día, llegué con “*pollo morado*”, y mi abuela (que tenía la manía de sembrar puros helechos, porque según ella iban con la casa verde y se rehusaba a pintarla de otro color), me reprendió:

- ¿Qué traes ahí?
- Me dijeron que es “*pollo morado*”, la señora de las plantas me dio la macetita -. Mi abuela me arrebató la planta
- ¿Por qué se enoja?, si está igual de feo que los helechos que tiene ahí afuera, por eso lo traje.
- ¿Qué no sabe que el “*pollo morado*” es de mala suerte?, y más para nosotras que vivimos a un lado del panteón.

No supe qué contestar, mi lógica infantil no podía refutar. Ella siguió:

- Ya no quiero ver aquí otras plantas, y menos “*pollo morado*”, es el color de las brujas - , dijo gravemente, y lo lanzó hacia la calle sacando la planta de su bote verde.

Yo había escuchado sus supersticiones, como aquella de que si te deshaces o tiras algo que te regalan, puede pasarte algo malo. Esperé a que mi abuela se descuidara cuando preparaba la comida, y fui por el “*pollo morado*”, rápidamente tomé la tierra y la regresé al bote. En mi cuarto introduje con cuidado la raíz en el recipiente verde y fui feliz. Se veía bonito el color morado. Hacía juego con el bote.

Después ella me habló para cocer las tortillas de harina. Comimos, lavamos los trastes y me dio un pedazo de salchicha con limón. Me fui a mi cuarto.

En aquellos años, me dedicaba a cuidar a los conejos, a las gallinas, a los puercos y al *Pinto*; a ayudar en el aseo de la casa; y a leer, mis libros en los que leía sólo las historias cortas, el libro vaquero, el sentimental y el policíaco.

Esa noche me dormí mirando el pollo morado que puse al lado de la ventana, detrás de la mesita para que mi abuela no lo viera tan fácilmente si llegaba a entrar.

Al día siguiente, en cuanto desperté, oí sus gritos.

- ¡El Pinto se murió, el Pinto se murió!

Pobre Pinto, amaneció muerto, no supimos la causa.

Por la tarde llovió mucho. Ya estaba cerca la temporada de lluvias. La casa estaba fría, se sentía un ambiente lóbrego. Y la loca de mi abuela se aluzaba con velas, faroles y quinqués. Se rehusaba a usar electricidad en la parte donde vivíamos nosotros, y sólo había dos focos, uno de ellos era el de mi cuarto, y tenía yo un foco pero casi no lo usaba, además de una lámpara de mano y una de mesa para leer o cuando me levantaba en la noche, cosa que casi no ocurría.

En los cuartos de huéspedes era distinto todo. No tuve la opción de tomar un cuarto de esos. Después me acostumbré a estar sin luz, así como me acostumbré a esta casa, aunque estuviera al lado del panteón. Y no quité los helechos de mi abuela.

Por la tarde llovió mucho. Entonces mi abuela estaba gritando, renegando y persignándose a cada rato.

- Ahí andan las brujas -, la oí decir. Me miró y al ver mi cara de curiosidad, y me dijo que tuviera cuidado con las bolas de fuego, que eran las brujas.

Sí vi fuego; pero para mí eran luces de casas o lámparas con las que se guía la gente en esos lugares. Para mí no eran brujas.

Ya en la noche mi abuela estaba inquieta, decía que los grillidos eran malos, que traían malas noticias. Fue hacia donde estaba cantando un grillo, y lo mató, se supone que así ya no pasa nada malo.

Me fui a mi cuarto sin comprender a mi abuela. Y yo sola, en ese lugar. El sueño me venció como siempre, con mis libros y mis novelitas a un lado de la cama.

Mi abuela tenía una gran variedad de quinqués, actualmente yo los tengo en mi casa, en parte porque así me acostumbró y en parte por la nostalgia de aquellos años, así siento su presencia.

Cuidaba que mi abuela no viera que yo tenía la planta en mi cuarto. Lo mejor era cuando teníamos visitas, ella ocupada en atenderlos, no se entrometía en mis asuntos. Por ejemplo, nunca supo que leía las novelitas de mis tíos y primos, tampoco supo de

mi minibiblioteca con subliteratura, el único acceso que puede tener una criatura de ocho, diez, once años en un lugar como este, que más bien parece bosque, a las letras. El bosque de Cuiteco debería ser.

Pero ese fue mi error, mi abuela fue analfabeta, por eso no veía mis libros; en cambio era aficionada a las plantas, la cocina, las sirenas, el café, la capirotada, la conversación, la labor de punto, y era fanática religiosa con cierta tendencia a la brujería.

A veces ella me veía leyendo, y años después traté de enseñarle a leer y a escribir; nunca quiso, pero yo no quería que muriera así, sin saber lo exquisito de leer una frase, un pensamiento, un poema, un cuento, una historia, un relato, un libro.

Mi error fue que no recordé la afición por las plantas de mi abuela, y a los tres meses entró a mi cuarto a dejar una planta que había comprado para mí; era un rosal, dijo que lo quería en mi cuarto, y que yo lo iba a cuidar, lo pondría en el marco de la ventana.

Era una mujer necia, atrabancada, no me dio el rosal para que yo le asignara un lugar. Ella feliz, hablando sola porque traía un rosal muy bonito, me mimaba para que yo disfrutara también el momento. Yo detrás de ella, nerviosa, deseando no haberme quedado con el *“pollo morado”*. Que no vea la mesita de noche, que no vea la mesita de noche.

Pero la vio, y vio el *“pollo morado”* y no pronunció una queja, ni comentario alguno. Sólo al salir me vio con ojos de *“¡me la vas a pagar!”*. Me dio miedo.

Creí que me iba a reprender, no lo hizo, y eso fue lo que más miedo me dio. ¿Por qué no dijo algo? Después me di cuenta. Nunca se me ocurrió lo que haría.

Todo el día transcurrió como cualquier otro, mi abuela hasta me habló bien, fui a la tienda, me dio bombones azucarados, y fuimos al pueblo otra vez. Ya por la noche, durante la cena, me habló directamente:

- ¿Por qué no me dijiste que tenías esa planta morada en tu cuarto?
- Porque no quería que supiera, porque me gustó y usted me dijo cosas feas la vez que la traje. Me la regalaron y no la tiré por eso.
- ¿Y sabes que quien te lo dio lo hizo con mala gana? Lo hizo para dañarte. Con razón se nos murió Pinto. Pero ya tienes el rosal, la planta esa morada la tiras mañana, ahorita no, quién sabe qué pase si sales sola a la calle o al patio y como ya has tenido por mucho tiempo esa planta, no creo que peligras en tu cuarto.

Ya era noche y decidí ir a mi cuarto. A pesar de todo, no me había ido tan mal con mi abuela. Acomodé la mesita, subí del piso al pollo y contemplé el rosal rojo en su bote amarillo. Lucía muy bonito en el marco de la ventana que había dejado entreabierta para que se venteara el rosal.

Me acosté mientras contemplaba el rosal y fui feliz. El sueño me venció así.

En la noche, hay ruidos que te despiertan, a veces no sabes qué ruidos son; pero sabes que no hay qué temer. Es raro, ahora me parece así, extraño, incómodo. Recuerdo que, somnolienta primero, oí todo a lo lejos, y no le di importancia; pero los ruidos después eran nítidos. Cuando tuve conciencia de qué tipo de ruidos eran, y estuve segura de que no era mi imaginación, sentí miedo. Oía una respiración, golpes, quejidos, ahogamientos, voces raras, pasos.

Primero lo ignoré, después, como no pude seguir durmiendo, lo disimulé, trataba de estar tranquila, pensaba en anécdotas, en problemas; trataba de convencerme de que no ocurría nada de eso. Terminé por sentir miedo, cubrí totalmente mi cuerpo con las dos cobijas. Primero me sentí protegida, después sudaba, tenía calor; pero me rehusaba a destaparme. Fue todo muy desesperante. No me podía dormir, esperé a que todo pasara, pero los ruidos seguían.

Puse más atención y tuve ahora más curiosidad que miedo, así que retiré las cobijas, me armé de valor y decidí mirar por la abertura que tenía la puerta cerca del marco. Más me valía que no hubiera decidido inspeccionar, pues lo que vi me dio más miedo que al inicio. Era mi abuela que se paseaba por el pasillo como loba en celo, con rabia, o yo qué sé. Iba de un lado a otro, en el lado de la pared, a la altura donde calculaba que quedaba la cabecera de mi cama; hacía no sé qué cosas, supongo que era eso por lo que suspiraba y murmuraba sonidos guturales; después, cerca de la cocina, donde yo ya podía verla, hacía ruidos con las palmas de sus manos, con los trastes, con las tablas, con los vidrios, se arrastraba, se retorció, sacaba la lengua, aplaudía, hablaba sola, hacía ruiditos de bebé, raspaba la pared.

Fue terrorífico todo eso, pero después me pareció patético, y luego gracioso, y más tarde ya no sabía qué. Me fui a mi cama de nuevo y lloré por mi abuela. ¿Hacer esto sólo por el "*pollo morado*"? No lo entiendo, yo nunca había sentido algo así los meses posteriores a mi adquisición de la plantita. ¿Qué ganaba ella con hacer todo eso ahora? Maldije a la plantita morada.

A nadie le conté lo que vi esa noche. Ni siquiera cuando murmuraron acerca de la falta de juicio de mi abuela diez años después.

En fin, los ruidos duraron como 15 minutos, me pareció eterno el rato que estuve ahí pensando en mi abuela. Me preguntaba cómo podía aguantar todo ese desgaste. Finalmente el sueño me venció. Debió de quedar muerta cuando terminó de hacer su número, porque al día siguiente cosa, contraria a lo que creí y a lo que ella acostumbraba, se levantó a las diez de la mañana.

- ¿Cómo dormiste? –preguntó mi abuela.

- Bien - , contesté, y le dije:

- ¿Y usted cómo durmió? La noto cansada.

- Bien, dormí bien. Gracias a Dios. ¿Ya tiraste la planta?
- Sí. Y me di una vuelta también por el mercado de la estación. Sólo fui a ver. Bueno, traje una planta.
- ¿Qué planta es?
- No sé, se me hizo bonita y la traje.

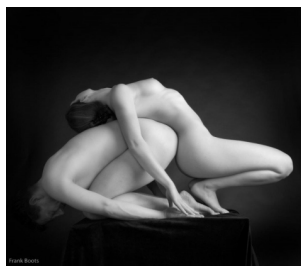
No me dijo más. Me fui a mi cuarto y dejé el “pollo doble” en el piso, lo cambié en el mercado por el “pollo morado”. La hoja del “pollo doble” es más pequeña, y no es sedosa, plasticosa***, tiene una textura parecida a la de la piel del durazno, tiene franjas moradas poco nítidas; al reverso, es morada sin la textura del durazno. Así es el “pollo doble”. Mi abuela se quedó tranquila, y para no alterarla, no le dije el nombre ni le mostré la planta, hasta muchos años después.

Al día siguiente, vinieron mis padres y les pedí a escondidas de mi abuela, que me llevaran con ellos.

- ¿No te llevas el rosal?-, me preguntó.

Fue lo único que me llevé, un rosal necesita cuidados. El “pollo doble” lo dejé en el porche, medio escondido entre los helechos.





José Luis Barrera Mora.
"Tinta Rápida".

EL MONO DESNUDO EN LA CIUDAD

Jardín del Edén en el ombligo de la luna. No bien había clareado el día sobre la vieja ciudad, y miles de entes nos reunimos con ansias nudistas. Festiva, como toda congregación popular en el Zócalo Capitalino: con las ocurrencias muy a lo chilango (el doble sentido y el cinismo desbordado). Nunca antes en la historia de esta enorme plancha se habían reunido veinte mil personas absolutamente desnudas.

La Ciudad de México: chilanga por antonomasia, trágica por tradición, siempre tendrá algún motivo para celebrar. Ahora no fue circo, pista de hielo o playa artificial. No hubo pancartas ni enfrentamientos políticos. Sólo la intención unánime de sacarse las ropas y los prejuicios (ambos quedaron resguardados en bolsas de plástico). La piel, que no conoce de modas pero sí de clases sociales, fue celebrada y enaltecida a primeras horas del día. Jóvenes y viejos, flacos o gordos, morenos o güeros. El mono desnudo estuvo presente en la plaza ancestral.

En punto de las siete se hizo un conteo regresivo, para que al unísono las ropas fueran perdiendo su razón de ser. Los cuerpos empezaron a nutrirse de alborada, de la frescura matinal creciente, esperando la histórica fotografía y la aparición del sol con su calidez necesaria a esas horas. No fue un día convencional, la alborada presentía una novedad, el ser humano había despertado distinto, con un deseo inquebrantable de fundir sus poros con la estela matinal. El frío no fue poco para ser una mañana veraniega, pero la decisión de desprenderse de las prendas era absoluta. El decreto del día era ser piel.

¿Exhibicionismo o voyerismo? Tal vez ambos juntos y algo más también, pero la expresión recurrente fue un sentido de libertad. Como una comuna sesentera o como un campo nudista urbano. La virtud de andarse sin apariencias y con auto aceptación a flor de piel. La expresión libertaria del cuerpo: hartos de la cotidiana preocupación del arreglo personal y de la monotonía del ropaje. A fin de cuentas fue un instante guardado en la perpetuidad de la memoria. Una aproximación al instinto, a la condición natural del ser humano. A merced de los sentidos. Con el cuerpo ataviado de viento.

Al final nada cambió, sólo el cúmulo de vida que deja vestigios en los recuerdos. Solo la experiencia de un amanecer con el cuerpo absorbiendo el alba, recibiendo la libertad por ósmosis en la piel. El mítico Zócalo fue testigo – como siempre – de los muchos adanes y evas, que en un solo momento volvieron a su realidad de apariencias. Las ropas volvieron a cubrir los cuerpos.



Leopoldo Lugones

Villa de María del Río Seco, Córdoba, Argentina, 13 de junio de 1874
- Tigre, Buenos Aires, Argentina, 18 de febrero de 1938.

Leopoldo Lugones nació el 13 de junio de 1874 en la localidad de Villa María del Río Seco ubicada en el norte de la provincia de Córdoba, como el primer hijo de Santiago M. Lugones y Custodia Argüello.

La actividad literaria y política de Lugones comienza en Córdoba con su incursión como periodista en *El Pensamiento Libre*. En 1897 Lugones publica su primer libro, *Las montañas del oro*, de estilo inspirado en el simbolismo francés. Algunos capítulos de este libro habían sido publicados en una revista dirigida por Paul Groussac llamada *La Biblioteca*. En 1926 recibe el Premio Nacional de Literatura y en 1928 preside la Sociedad Argentina de Escritores. Ya en esa época era un ferviente impulsor de las tendencias fascistas que caracterizaban a parte de los militares argentinos.

El 18 de febrero de 1938 se quita la vida en un recreo del Delta de Tigre, llamado El Tropezón, al ingerir una mezcla fatal de whisky y cianuro.

ODA A LA DESNUDEZ

¡Qué hermosas las mujeres de mis noches!
En sus carnes, que el látigo flagela,
pongo mi beso adolescente y torpe,
como el rocío de las noches negras
que restaña las llagas de las flores.

Pan dice los maitines de la vida
en su rústico pífano de roble,
y Canidia compone en su redoma
los filtros del pecado, con el polen
de rosas ultrajadas, con el zumo
de fogosas cantáridas. El cobre
de un címbalo repica en las tinieblas,
reencarnan en sus mármoles los dioses,
y las pálidas nupcias de la fiebre
florece como crímenes; la noche,

su negra desnudez de virgen cafre
enseña engalanada de fulgores
de estrellas, que acribillan como heridas
su enorme cuerpo tenebroso. Rompe
el seno de una nube y aparece
crisálida de plata, sobre el bosque,
la media luna, como blanca uña,
apuñaleando un seno; y en la torre
donde brilla un científico astrolabio,
con su mano hierática, está un monje
moliendo junto al fuego la divina
pirita azul en su almirez de bronce.

Surgida de los velos aparece
(ensueño astral) mi pálida consorte,
temblando en su emoción como un sollozo,
rosada por el ansia de los goces
como divina brasa de incensario.
Y los besos estallan como golpes.
Y el rocío que baña sus cabellos
moja mi beso adolescente y torpe;
y gimiendo de amor bajo las torvas
virilidades de mi barba, sobre
las violetas que la ungen, exprimiendo
su sangre azul en sus cabellos nobles,
palidece de amor como una grande
azucena desnuda ante la noche.

¡Ah! muerde con tus dientes luminosos,
muerde en el corazón las prohibidas
manzanas del Edén; dame tus pechos,
cálices del ritual de nuestra misa
de amor; dame tus uñas, dagas de oro,
para sufrir tu posesión maldita;
el agua de sus lágrimas culpables;
tu beso en cuyo fondo hay una espina.
Mira la desnudez de las estrellas;
la noble desnudez de las bravías
panteras de Nepal, la carne pura
de los recién nacidos; tu divina
desnudez que da luz como una lámpara
de ópalo, y cuyas vírgenes primicias
disputaré al gusano que te busca,
para morderte con su helada encía
el panal perfumado de tu lengua,
tu boca, con frescuras de piscina.
Que mis brazos rodeen tu cintura

Como dos llamas pálidas, unidas
alrededor de una ánfora de plata
en el incendio de una iglesia antigua.
Que debajo mis párpados vigilen

la sombra de tus sueños mis pupilas
cual dos fieras leonas de basalto
en los portales de una sala egipcia.
Quiero que ciña una corona de oro
tu corazón, y que en tu frente lilia
caigan mis besos como muchas rosas,
y que brille tu frente de Sibila
en la gloria cirial de los altares,
como una hostia de sagrada harina;
y que triunfes, desnuda como una hostia,
en la pascua ideal de mis delicias.

¡Entrégate! La noche bajo su amplia
cabellera flotante nos cobija.
Yo pulsaré tu cuerpo, y en la noche
tu cuerpo pecador será una lira.

MEMORIAS DIPSOMANAS

MEMORIAS DIPSOMANAS

A LA VENTA

José Luis Barrera Mora.
Tinta Rápida.

PEDIDOS: 55 1623 7580
tintarapida@gmail.com
lunareginaboletin@gmail.com

SÓLO \$ 80.00



Directorio

Luna Regina Boletín Creativo

José Luis Barrera Mora.
Editor

Alfredo Alejandro Parra Flores.
Coordinador de contenido

Consejo Editorial:
Luciano Pérez García.

Luna Regina es una edición de:



Proyecto Cultural

Juvenal Delgado Ramírez
Director

Imágenes:

- ✚ Desnudo masivo en el Zócalo, D.F., mayo del 2007, Anónimo.
- ✚ Composición desnudo, Fotografía de Alexander Noodh.
- ✚ Cama vacía, Fotografía anónima.
- ✚ Mujer Embarazada, fotografía de Daniel Rodríguez Fuentes, 1997, Foto Community.
- ✚ Helechos, fotografía anónima.
- ✚ Desnudo, fotografía de Sergei Kristev.

COMENTARIOS Y COLABORACIONES:

lunareginaboletin@gmail.com
<http://lunareginaboletin.blogspot.com/>